

A CONTINUACIÓN...

Nos encontramos con un interesante e ilustrativo ejercicio de estilo literario por el que se nos da a conocer la rica y variada cocina mexicana con un planteamiento agradable y gratificante.

A través de una concatenación de relatos/estampa, de una forma lúdica y con un gran contenido sarcástico se van maridando lo estrictamente literario con la exposición de las viandas más características de México.

Los protagonistas de la acción son una cofradía de demonios subalternos, pero bastante bien organizados, que tienen como último fin, y como naturalmente es su obligación, la corrupción y dominio sobre determinados estamentos sociales.

El marco donde se desarrollan los acontecimientos está ubicado en el ambiente colonial, por lo cual aparecen en él los personajes más característicos de esa época, como el virrey, los nobles, y la inevitable presencia de los eclesiásticos de turno.

El autor se vale del simple artificio de exponer una narración cargada de una soterrada, pero evidente sátira social, combinada con una amenidad que se hace muy agradable para el lector.

Se escapa de ser el clásico “libro de cocina”, aunque también aparecen, al final de cada capítulo, las correspondientes recetas culinarias.

Sin llegar a ser el manido aforismo de “enseñar deleitando”, cumple la publicación la doble vertiente de dar a conocer los placeres de la mesa mexicana, divirtiendo.

Para concluir, les dejamos que se deleiten con las aventuras de unos pobres diablos.

Luis de Madariaga

PROLEGÓMENOS A LA REUNIÓN DE DEMONIOS

Cuando Lucrecio el Gato llegó a la sala de reuniones, y vio a los presentes allí congregados, se dirigió con rapidez a la silla contigua a la de Befredo, en uno de los laterales de la mesa. Trató de evitar así, la cercanía con Mixcoatil que iba a presidir la reunión, y pidió disculpas a los presentes por el retraso, alegando que había ido a tomar un baño refrescante a unas termas precolombinas, cercanas a una averno aldea, próxima al subsuelo de la ciudad de Puebla.

Mientras el resto de demonios esperaban a que Lucrecio se sentase, un camarero pasó varias veces con una bandeja, ofreciendo rajitas de chiles jalapeños, tacos de huitlacoche y de cochinita pibil, chiles en nogada, y otros manjares.

Como nadie le respondió, pero todos lo miraban fijamente, Lucrecio comentó a modo de justificación que el calor en el burgo averno era insoportable, y todavía de pie, llamó a un asistente, para que le trajera una bebida refrescante, al tiempo que se quejó del olor a azufre, especialmente fuerte ese día dijo, alargando su mano para tomar unas rajitas de jalapeños, de la bandeja.

—Llevamos más de una hora y media esperándote, le dijo Mixcoatil, mirándolo a los ojos y con cara de pocos amigos.

—Lo siento, fue lo único que acertó a decir el Gato. Ya he pedido disculpas.

—La próxima vez que se te convoque a una reunión y pienses llegar tarde, búscate una excusa más convincente, o tendrás serios problemas.

Se hizo un tenso silencio en la sala, en el que nadie se atrevió a moverse y hasta el camarero se quedó inmóvil.

Lucrecio, vio entonces que también en el centro de la mesa había varias bandejas con platos que contenían viandas exquisitas, y preguntó que se celebraba con tanto boato, y adelantó su mano para hacerse con un taco de huitlacoche, acción que fue impedida con rapidez por un manotazo del presidente de la reunión.

Mixcoatil, había pasado mucho tiempo en otros avernos Mexicas, por lo que se le consideraba muy viajado, y su opinión era muy valorada y respetada, le dijo enfadado:

“El calor que hace no es para tanto. En esta época del año, comienzo del invierno, el averno es un lugar bastante agradable y comfortable para vivir y para la próxima reunión asiste con la puntualidad requerida y respeta el tiempo del resto de los demonios convocados”.

Y continuó: “Y no toques nada de las bandejas del centro de la mesa”.

Lucrecio, en silencio, cogió una silla, no sin antes haber recogido su cola para no pisársela con las patas de la misma, especialmente para proteger el extremo en forma de triángulo conocido como vértice, y que era una parte muy sensible. Cualquier posible pisotón, podría resultar muy doloroso. Por esta razón, cada vez que se sentaba, empleaba mucho tiempo y lo hacía con mucha precaución.

—Tomate tu tiempo, le dijo Mixcoatil, con sorna.

Lucrecio bajito y delgado, cuando por fin se sentó, con sus pierrecillas colgándole del asiento, como si fuera un niño, no se atrevió a responderle. Lo llamaban el gato, porque su cara tenía un cierto parecido con la de un felino, aunque sin pelo, y su piel estaba enrojecida como si hubiera tomado el sol durante mucho tiempo. Otros decían que su apodo le venía por su afición a correr detrás de las gatas en las misiones que con anterioridad había desarrollado en su labor de

posesión demoníaca en la tierra, y que lo habían llevado a poner en peligro diversos viajes.

Pero por otra parte, su opinión era muy valorada, por la claridad de sus planteamientos y de las estrategias a seguir en cada caso. Además era muy intuitivo, y de rápido de pensamiento. Procedía de una familia de maléficos humilde, pero muy respetada y querida de un burgo averno próximo a Puebla.

Otro de los malignos que había sido convocado, era Befredo el Oscuro, sentado al lado de Lucrecio, y que desempeñaba el papel de notario, pues sabía leer y escribir, no solo en nahuatl, sino en varias lenguas muertas propias de la época de la demolición de la torre de Babel, a los clásicos de la demonología. Escuchó las disculpas y las explicaciones del Gato, con paciencia mexicana, y le recriminó con cara de muy pocos amigos la larga espera y que su retraso constaría en las actas de la reunión. El Oscuro, era apodado así, por lo espeso de sus cejas, que apenas le dejaban ver para escribir, y por la negrura del color de su piel, que lo hacían indetectable cuando alguien se lo cruzaba por los pasillos infernales, especialmente en las noche oscuras, y también cuando las calderas estaban apagadas. Pero oír si oía, pues tenía unas grandes orejas que por una parte eran despegadas de su cabeza, como las de un soplillo, y por otra, eran extremadamente alargadas y terminadas en punta, que le conferían una gran agudeza auditiva.

El Gato, después de escuchar la invectiva de don Befredo por su tardanza, a modo de defensa le replicó en tono burlesco:

—Ese peluquín que te has puesto no te favorece, Oscuro. No va con el color de tu piel.

Befredo lo miró con odio pero no dijo nada, ya tendría tiempo de devolvérsela. Padecía de una alopecia que lo hacía sufrir mucho, pues dejaba al descubierto una cabeza en exceso grande, y que con el calor del infierno se tornaba grasienta, por lo que se sentía inseguro en el trato con las diabras, en las reuniones sociales donde a estas se les permitía el acceso. Por lo que trataba de disimular su calvicie